

BIBLIOTECA UNIV.  
"ALFONSO R. J."  
Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

X

Rougón había escrito á Du Poizat y al señor Kahn para que se le evitase la molestia de una recepción oficial á su entrada en Niort. Llegó un sábado por la tarde, allá á las siete, y se dirigió directamente á la prefectura, con la idea de descansar hasta al día siguiente al medio día; sentíase muy ajetreado. Pero después de la comida presentáronse algunas personas, pues la noticia de la presencia del ministro había ya corrido por la ciudad. Abrióse la puerta de un saloncito, inmediato al comedor, y se organizó un poquito de velada. Rougón, en pie entre las dos ventanas, se vió en la dura necesidad de ahogar sus bostezos y de contestar amablemente á las enhorabuenas de bienvenida.

Un diputado del departamento, aquel padre de la patria que había heredado la candidatura oficial del señor Kahn, se presentó el primero, azorado, de levita y pantalón de color; ofrecía sus excusas y explicaba que volvía á pie de una de sus granjas, pero que, fuere del modo que fuere, había querido saludar sin perder un instante á Su Excelencia. Después un hombre grueso y pequeñín hizo su aparición, cinchado en un traje negro bastante estrecho

con guante blanco y con aspecto ceremonioso y contristado. Era el primer adjunto. Acababa de ser avisado por su criada. Decía una y otra vez que el señor alcalde quedaría desesperado; el señor alcalde que no esperaba á Su Excelencia sino al día siguiente, se encontraba en su hacienda de los Varades, á diez kilómetros de allí. Tras del adjunto desfilaron todavía seis caballeros; enormes pies, gruesas manos, anchas caras macizas; el prefecto los presentaba como miembros distinguidos de la Sociedad de estadística. Por último, el provisor del liceo llevó á su señora, deliciosa rubia de veintiocho abriles, parisina cuyos tocados tenían revolucionado á Niort. Se lamentaba amargamente á Rougón de la provincia.

Entretanto, el señor Kahn, que había comido con el ministro y el prefecto, veíase acosado con preguntas acerca de la solemnidad del día siguiente. Habíanse de dirigir á una legua de la ciudad, al arrabal llamado de los Molinos, ante la entrada de un túnel proyectado para la vía férrea de Niort á Angers; y allí Su Excelencia el ministro del Interior, pegaría fuego personalmente á la primera mina. Aquello pareció sublime. Rougón se hacía el bonachón; quería tan sólo honrar la tan laboriosa empresa de un antiguo amigo. Por lo demás, él se tenía por hijo adoptivo del departamento de los Deux-Sèvres, que en pasados tiempos le había enviado á la Asamblea legislativa. En rigor de verdad, el objeto de su viaje, con gran empeño aconsejado por Du Poizat, no era otro que el de exhibirle en todo su poderío á sus antiguos electores, á fin de asegurar por completo su candidatura para el caso

de que un día se propusiese entrar en el Cuerpo legislativo.

Por las ventanas del saloncito veíase la ciudad oscura y dormida. Nadie más se presentaba ya; habíase sabido demasiado tarde la llegada del ministro. Aquello constituía un triunfo para las celosas personas que se encontraban allí. No hablaban de dejar su puesto y se henchían con la satisfacción de ser los primeros en poseer á Su Excelencia en íntima reunión. El adjunto repetía más alto y con voz enferma, tras de la cual se traslucía, no obstante, gran jubilación:

—¡Santo Dios! ¡Qué contrariado va á sentirse el señor alcalde!... Pues ¡y el señor presidente! ¡y el señor procurador imperial!... Pues ¡y todos esos señores!...

A las nueve, sin embargo, púdose creer que la ciudad se encontraba en la antesala. Oyóse un imponente rumor de pasos. A seguida un criado entró á decir que el señor comisario central deseaba ofrecer sus respetos á Su Excelencia. Quien entró fué Gilquin, Gilquin arrogante, de frac, con guantes color de paja y botinas de cabrito. Du Poizat le había dado entrada en su departamento. Gilquin, muy en su puesto, tan sólo conservaba de sus antiguos hábitos un balanceo un tanto atrevido de hombros y la manía de no separarse jamás de su sombrero; llevábalo apoyado en la cadera, ligeramente ladeado, en la estudiada actitud de alguna estampa de sastre, que debió de cautivarle. Inclínose ante Rougón, mascullando con exagerada humildad:

—Ofrézcome á la buena memoria de Su Excelencia, con quien he tenido el honor de encontrarme muchas veces en París.

Rougón se sonrió, y estuvieron hablando unos instantes. Gilquin pasó en seguida al comedor, en donde acababan de servir el té. Allí encontró al señor Kahn, en disposición de examinar, en un extremo de la mesa, la lista de las invitaciones para el día siguiente. En el saloncito hablábase á la sazón de las grandezas del reino; Du Poizat, en pie, al lado de Rougón, ponía en las nubes el imperio, y ambos cambiaban sus cortesías, como si se felicitasen por una obra personal, á la faz de los Niortenses, que estaban con tanta boca abierta, poseídos de respetuosa admiración.

—¡No se dan poca prisa esos farsantes!—murmuró Gilquin, que contemplaba la escena por la puerta abierta de par en par.

Y, mientras echaba ron en el té, dió con el codo al señor Kahn. Du Poizat, delgaducho y colorado, con sus blancos dientes mal avenidos y su rostro de niño calenturiento, iluminado por el triunfo, hacía reír de satisfacción á Gilquin, quien le encontraba «muy distinguido».

—¿Eh? ¿No le vió usted llegar al departamento?—prosiguió en voz queda.—Yo venía con él. Pisaba fuerte con ademán de perdonavidas. Vaya, debía abrigar ruda saña contra la gente de aquí. Desde que se halla en la prefectura, se deleita vengándose de su infancia. Y los burgueses que le conocieron pobre diablo en aquellos tiempos, no se muestran hoy muy ansiosos de dirigirle sonrisas cuando pasa; ¡se lo aseguro á usted!... ¡Oh! es un prefecto todo en una pieza, un hombre dedicado por completo á su obligación. No se parece mucho á ese Langlade, á quien hemos reemplazado, muchacho afortunadísimo en amores, rubito como una jovencita... Hasta en las

repisas del gabinete hemos encontrado fotografías de damas con escandalosos escotes.

Gilquin se calló por un instante. Creyó percatarse de que, desde un rincón del saloncito, la mujer del provisor no le quitaba ojo. Entonces, queriendo hacer patentes las gracias de su persona, adoptó una actitud irresistible para seguir diciendo á Kahn:

—¿No le han contado á usted la entrevista de Du Poizat con su padre? ¡Oh! ¡ha sido la aventura más chusca del mundo!... Ya sabe usted que el viejo es un antiguo alguacil que ha reunido una buena suma prestando á tanto por semana y que ahora vive encerrado como un lobo en el fondo de una casuca en ruinas, con escopetas cargadas en el vestíbulo... Pues bien, Du Poizat, á quien veinte veces ha vaticinado la horca, soñaba, desde mucho tiempo hacía, en hundirle. Esto entraba por gran parte en su anhelo de ser prefecto aquí... Así, pues, una mañana, mi Du Poizat se echó encima su más hermoso uniforme, y, con el pretexto de girar una visita, fué á llamar á la puerta del viejo. Estuvieron parlamentando un buen cuarto de hora, y por último el padre se determinó á abrir. Es un viejecillo de color lívido, que contempló con tanta boca abierta los bordados del uniforme. ¿Y sabe usted con la que salió á la segunda frase, cuando supo que su hijo era prefecto? «Mira, Leopoldo, haz por manera que no vuelvan á cobrarme las contribuciones». En resumidas cuentas, el usurero no experimentó ni emoción ni sorpresa... Cuando Du Poizat volvió á su casa se mordía los labios de coraje y tenía la cara blanca como la cera. La tranquilidad de su padre le sacaba de quicio. Y el viejo es ni más ni menos que un sujeto sobre cuyas espaldas no se subirá jamás.

El señor Kahn movía discretamente la cabeza. Habíase metido en el bolsillo la lista de las invitaciones, y tomaba á su vez una taza de café, dirigiendo miradas al salón vecino.

—Rougón se duerme en pie. Esos mentecatos habrían de dejar que se fuera á meter en la cama. Preciso es que cuente con todas sus grandes aptitudes para mañana.

—No le había vuelto á ver—repuso Gilquin.—Se ha puesto más grueso,

Luego, bajó aún más la voz y repitió:

—¡Son de lo que no hay esos mozos!... Habían armado no sé qué entruchada en el momento del gran golpe. Por mi parte, yo se lo tenía prevenido. Al día siguiente, ¡cataplún! Sucedió lo que había de suceder. Rougón sostiene que fué á la prefectura, en donde nadie quiso creerle. En fin, eso es cosa suya, y no hay para qué hablar más... Ese bestia de Du Poizat me convidó á un famoso almuerzo en un café de los bulevares. ¡Oh, qué día! La velada tuvimos que pasarla en el teatro; no guardo de todo ello gran memoria, porque dormí dos días á pierna suelta.

Sin duda encontraba Kahn comprometedoras las confidencias de Gilquin, así fué que dejó el comedor. Entonces, Gilquin, habiéndose quedado solo, llegó á persuadirse de que la mujer del provisor le miraba con interés. Volvió, pues, al salón, y, apresurándose á ponerse á su lado, acabó por llevarle té, pastelillos y *brioques*. Hallábase en realidad bien trajeado; tenía sus apariencias de hombre de alto copete, pero mal educado, lo que, no obstante, parecía enternecer poco á poco á la apetitosa rubia.

Entretanto, el diputado hacía patente la necesidad de una nueva iglesia en Niort, el adjunto pedía un

puede, el provisor hablaba de ensanchar el edificio del liceo, mientras que los seis miembros de la Sociedad de estadística, sin decir esta boca es mía, asentían á todo con la cabeza.

—Ya veremos mañana, señores—contestaba Rougón con los párpados medio caídos.—Aquí estoy para enterarme de vuestras necesidades y dar cumplimiento á vuestras demandas, si son justas.

Dieron las diez, cuando un doméstico se acercó á decir algo al prefecto, quien se inclinó en seguida al oído del ministro. Este se apresuró á salir de la habitación. Madama Correur le esperaba en una pieza inmediata; hallábase con una muchacha alta y flacucha, de rostro insignificante y sin animación y salpicado de rubicundas pecas.

—¡Cómo! ¡Usted en Niort!—exclamó Rougón.

—Tan sólo desde esta tarde—dijo madama Correur.—Nos hemos apeado ahí en frente, plaza de la Prefectura, hotel de París.

Y refirió que llegaba de Coulonges, en donde había pasado dos días. Y luego, interrumpiéndose para presentar á la joven zanquilarga:

—La señorita Herminia Villecoq, que ha tenido la bondad de acompañarme.

Herminia Villecoq hizo una ceremoniosa cortesía. Madama Correur prosiguió:

—No he hablado á usted de este viaje, porque tal vez me habría usted reñido; pero era cosa superior á mí, quería ver á mi hermano... En cuanto supe el viaje de usted á Niort, me apresuré á venir. Estábamos en acecho y le vimos entrar en la prefectura; sólo que hemos creído preferible presentarnos muy tarde. Son lenguas tan viperinas las de estas ciudades pequeñas...

Rougón asintió con la cabeza. Madama Correur,

en efecto, gruesa, llena de pintura y vestida de amarillo, parecía comprometidora en una ciudad de provincia.

—¿Y ha visto usted á su hermano?—le preguntó.

—Sí, sí,—murmuró con los dientes apretados,—lo he visto. La señora de Martineau no se ha atrevido á echarme á la calle. Había tomado la pateta y estaba quemando azúcar. ¡Pobre hermano mío! Bien sabía yo que estaba enfermo, mas esto no quita que me haya llevado el gran susto al verle tan en los huesos. Me ha prometido no desheredarme, porque esto estaría en pugna con sus principios. El testamento está otorgado, y la herencia debe repartirse entre la señora de Martineau y mi persona. ¿No es eso, Herminia?

—La herencia debe ser repartida—afirmó la joven.—Lo dijo así que entró usted y lo repitió cuando le señaló á usted la puerta. ¡Oh! no hay que ponerlo en duda; lo ví con estos ojos.

Entretanto Rougón empujaba á ambas mujeres, diciendo:

—Bien, me alegro infinito. Ahora se sentirá usted más tranquila. Ya se sabe, los disgustos de familia acaban siempre por arreglarse... Vaya, buenas noches; me voy á acostar.

Pero madama Correur le contuvo. Había sacado el pañuelo del bolsillo y se enjugaba los ojos, pasado de repentino ataque de desesperación.

—¡El pobre Martineau!... ¡Ha sido tan bueno, me ha perdonado con tanta espontaneidad!... Si usted supiese, amigo mío... Por él es por quien he acudido aquí, para interceder en favor suyo...

Las lágrimas le cortaron la palabra. Sollozaba á más no poder, y Rougón, asombrado, no acertaba á comprender, y miraba á las dos mujeres. La seño-

rita Herminia Villecoq también lloraba, aunque con más discreción; era la mar de sensible, y su sensibilidad era por demás contagiosa. Ella fué la primera en balbucear:

—El señor Martineau se ha comprometido en la política.

Entonces madama Correur se puso á hablar con expedita lengua.

—Ya se acordará usted—le dijo,—que un día le expuse á usted mis temores. Dábame el corazón que Martineau se hacía republicano. En las últimas elecciones se había exaltado y había hecho una encarnizada propaganda en favor del candidato de oposición. Yo sabía detalles que no quiero expresar. En fin, todo tenía que dar mal resultado. En cuanto llegué á Coulonges, en el León de oro, en donde tomamos una habitación, interrogué al servicio y llegué á saber muchos más detalles. Martineau ha cometido un sin fin de necedades, y á nadie le hubiera parecido extraño en la comarca, si se hubiese sabido contener. Se espera de un instante á otro que se lo lleven los gendarmes... ¡Figúrese usted qué trastorno para mí! Y me he acordado de usted, amigo mío...

De nuevo su voz quedó ahogada por los sollozos. Rougón procuraba tranquilizarla. Hablaría del asunto á Du Poizat, quien detendría las diligencias, si se hubiesen empezado. Y hasta dejó escapar estas palabras:

—Soy el amo, váyase usted á dormir tranquila.

Madama Correur movió á un lado y otro la cabeza, restregándose los secos ojos con el pañuelo. Y acabó por continuar diciendo á media voz:

—No, no, usted no lo sabe todo. La cosa es más grave de lo que usted se figura... Sepa usted que lleva

á la señora de Martineau á misa y él se queda á la puerta, haciendo como que jamás pone los pies en la iglesia, lo que constituye un motivo de escándalo uno y otro domingo. Frecuenta mucho la amistad de un antiguo abogado, retirado allí, un individuo del 48, con el que se le oye hablar horas y horas, de cosas terribles. Hanse visto á menudo hombres de mala catadura deslizarse durante la noche en su jardín, sin duda para tomar santo y seña.

A cada detalle Rougón se encogía de hombros; pero la señorita Herminia Villecoq agregaba vivamente:

—¿Y las cartas que recibe de todas las naciones con sellos rojos?... el cartero es quien nos lo ha dicho. Se negaba á hablar y estaba blanco como el papel. Tuvimos que darle veinte sueldos... ¿Y el último viaje de Martineau hace un mes?... Estuvo ocho días ausente sin que nadie de aquí pueda saber hasta la fecha á dónde ha ido. La dueña del Lion d'or nos ha asegurado que ni siquiera llevaba maleta.

—Herminia, por favor—dijo madama Correur con semblante de inquietud.—Aunque Martineau se ha metido en un berengenal, no nos toca á nosotros empeorar su situación.

Entonces Rougón escuchaba, fijándose, una tras otra, en las dos mujeres. Púsose muy serio.

—Si está comprometido hasta ese punto...

Creyó ver encenderse una viva llama en los azorados ojos de madama Correur. Y prosiguió diciendo:

—Haré cuanto esté de mi mano, mas no prometo nada.

—¡Ah! ¡está perdido, y bien perdido!—exclamó madama Correur.—Lo veo bien, sí, señor... No queremos decir nada. Si lo dijésemos todo...

Se interrumpió para morder el pañuelo.

—¡Yo que no le había visto desde hace veinticinco años! Y lo encuentro para no volverle á ver quizás!... ¡Ha sido tan bueno, tan bueno!...

Herminia movió ligeramente los hombros, y hacía señas á Rougón para darle á entender que había que perdonar la desesperación de una hermana, pero que el viejo notario era el peor de los granujas.

—Yo en lugar de usted—repuso,—lo diría todo. Preferible sería.

Entonces, madama Correur pareció resolverse á hacer un gran esfuerzo; y bajó aún más la voz.

—Ya hará usted memoria de los *Te Deum* que se cantaron en todas partes, cuando el emperador quedó tan milagrosamente salvado, delante de la Opera. Pues bien, el día en que se cantó en Coulonges, un vecino preguntó á Martineau si no iba á la iglesia, y aquel desventurado preguntó á su vez: «¿Para qué ir á la iglesia? Yo me río del emperador.»

—«¡Me río del emperador!»—repitió la señorita Herminia con acento de consternación.

—¿Comprende usted ahora mis temores?—prosiguió diciendo la antigua dueña de hotel.—Ya se lo he dicho á usted, si llegasen á echarle mano, nadie en el país lo llegaría á extrañar.

Al pronunciar esta frase, miraba á Rougón de hito en hito. El grande hombre no habló en seguida. Parecía interrogar por última vez á aquel grueso y flácido rostro, en el que unos pálidos ojos pestañeaban bajo los rubios y ralos pelos de las cejas. Detúvose por un instante contemplando aquel cuello rollizo y blanco, y, por último, abrió los brazos, exclamando:

—Nada puedo, se lo aseguro á usted. Yo no soy el amo.

Y alegó sus motivos. Sentía sus escrúpulos, decía, al intervenir en aquella clase de asuntos. Si la justicia tomaba cartas, las cosas habrían de seguir su curso. Habría preferido no conocer á madama Correur, porque la amistad que le profesaba iba á atarle las manos; había jurado no prestar nunca ciertos favores á sus amigos. En fin, procuraría informarse, y trataba de consolarla, como si su hermano estuviese ya en viaje para alguna colonia. La dama bajaba la cabeza, y le acometían ciertos hipos que zarandeaban el enorme envoltorio de cabellos rubios con que recargaba el cogote. A pesar de todo, se tranquilizaba; y al despedirse, empujó á Herminia por delante de ella, diciendo:

—La señorita Herminia Villecoq... Ya se la tengo á usted presentada, según creo. Esta es la señorita á quien hemos conseguido dotar. El oficial, su seductor, no ha podido todavía casarse con ella, á causa de las formalidades, que empiezan y no acaban... Dé usted las gracias á Su Excelencia, niña mía.

La grandullona dió las gracias poniéndose como un pimiento, con la carita de una inocente ante la cual se ha dejado escapar alguna palabreja de color subido. Madama Correur la dejó salir delante; después, estrechando con fuerza la mano de Rougón é inclinándose hacia él, agregó:

—Cuento con usted, Eugenio.

Cuando el ministro volvió al saloncito, le encontró sin un alma. Du Poizat había conseguido despedir al diputado, al primer adjunto y á los seis miembros de la Sociedad de estadística. Hasta el señor Kahn se había largado, no sin haber pedido cita para el día siguiente, á las diez. No quedaban en el comedor más que la esposa del provisor y el

intrépido Gilquin, que embaulaba pastelillo tras pastelillo, habla que te habla de París; Gilquin dirigía tiernísimas miradas, hablaba de las corridas, del Salón de pintura, de una primera representación en la Comedia francesa, con la desenvoltura del hombre para quien todas las sociedades le eran conocidas y tratadas. Entretanto, el provisor daba en voz baja al prefecto noticias concernientes á un profesor de colegio, sospechado de republicanismo. Eran las once. Levantáronse y saludaron á Su Excelencia. Retirábase Gilquin con el provisor y su mujer, á quien ofrecía el brazo, cuando Rougón le detuvo, diciéndole:

—Una palabra, señor comisario central, se lo suplico á usted.

Así que estuvieron solos, dirigióse á la vez al comisario y al prefecto:

—¿Qué es lo que hay tocante al asunto Martineau?... ¿Está, en realidad, ese hombre tan comprometido?

Gilquin se sonrió ladinamente. Du Poizat proporcionó algunos detalles.

—En verdad que no pensaba en él. Ha sido denunciado, y he recibido cartas... Es seguro que se ocupa de política; pero son ya cuatro las detenciones que se han realizado en el departamento. Yo habría preferido, para llegar al número de cinco que usted me había fijado, poner á la sombra á un profesor de cuarta clase que lee á sus discípulos libros revolucionarios.

—Han llegado á mi noticia hechos muy graves—dijo severamente Rougón.—Las lágrimas de su hermana no deben ser parte para salvar á ese Martineau, si en realidad es tan peligroso. Enciérrese aquí una cuestión de salvación pública.

Y volviéndose hacia Gilquin:

—¿Qué piensa usted acerca de esto?—le preguntó.

—Yo procedería mañana mismo al arresto—contestó.—Estoy perfectamente enterado del asunto; he visto á madama Correur en el hotel de París, en donde cómo, por regla general.

Du Poizat no hizo ninguna objeción. Sacó una carterita del bolsillo, borró un nombre para escribir otro encima, mientras recomendaba al comisario central que no dejase de vigilar, de todos modos, al profesor de cuarta. Rougón acompañó á Gilquin hasta la puerta. Allí continuó:

—Ese Martineau está un poco enfermo, según creo. Vaya usted en persona á Coulonges. Muéstrese usted bondadoso en lo posible.

Pero Gilquin se irguió como ofendido. Echó en olvido todo respeto y tuteó á Su Excelencia.

—Qué, ¿me tomas por un indecente espía?—exclamó.—Que Du Poizat te refiera la historia de ese boticario, á quien prendí en la cama anteayer. Tenía acostada con él á la mujer de un alguacil. Nadie ha sabido una palabra... Yo obro siempre como hombre de mundo.

Rougón durmió nueve horas con profundo sueño. Cuando al día siguiente, sobre las nueve y media, abrió los ojos, mandó llamar á Du Poizat, quien llegó con el cigarro en la boca, muy alegre y satisfecho. Estuvieron hablando y bromeando como en otro tiempo, cuando vivían en casa de la señora Melania Correur, y cuando iban á despertarse, por las mañanas dándose golpes en las desnudas posaderas. En tanto que se iba lavando y acicalando Su Excelencia, pidió al ministro detalles sobre el país, sobre las historias de los empleados, sobre las

necesidades de unos y las vanidades de los demás. Quería proveerse para cada uno de una frase galante y cariñosa.

—No tema usted, yo le apuntaré,—dijo Du Poizat riendo.

Y, en breves frases, le puso al corriente, informándole acerca de los personajes que á él se acercarían. A veces Rougón hacía que le repitiese un hecho para fijarlo mejor en la memoria. A las diez llegó el Sr. Kahn, almorzaron los tres, poniéndose de acuerdo acerca de los últimos detalles de la solemnidad. El prefecto pronunciaría un discurso, y otro el Sr. Kahn. Rougón sería el último en tomar la palabra. Pero vendría á las mil maravillas el provocar un cuarto discurso. Por un instante pensaron en el alcalde, sólo que Du Poizat lo disputaba por sobrado zoquete, y por lo tanto, aconsejó que se eligiera al ingeniero jefe de puentes y calzadas, quien parecía naturalmente indicado, mas cuyo espíritu de acerada crítica era temido por Kahn. Este, por último, al levantarse de la mesa, se llevó al ministro á parte para indicarle los puntos sobre los cuales sería oportuno verle insistir en su perorata.

La cita era para las diez y media, en la prefectura. El alcalde y el primer adjunto se presentaron á una; el alcalde balbuceaba; estaba desesperado por no haberse encontrado en Niort, el día anterior; mientras que el primer adjunto parecía darse lustre preguntando á Su Excelencia si había pasado buena noche y si se hallaba repuesto del cansancio. A continuación se presentaron el presidente del tribunal civil, el procurador imperial y sus dos substitutos, el ingeniero jefe de puentes y calzadas, á los cuales siguieron, uno tras otro, el administra-

dor de contribuciones y el registrador de hipotecas. Muchos de aquellos caballeros se habían presentado con sus señoras. La esposa del provisor, la linda rubia, con traje azul celeste del más seductor efecto, causó verdadera emoción; rogó á Su Excelencia que dispensase á su marido, postrado en el liceo por un ataque de gota, que le había acometido la víspera al volver á casa. En esto otros personajes iban llegando: el coronel del 78.<sup>o</sup> de línea, acuartelado en Niort, el presidente del tribunal de comercio, los dos jueces de paz de la ciudad, el conservador de aguas y bosques, acompañado de sus tres señoritas, consejeros municipales, delegados de la Cámara consultiva de artes y oficios, de la Sociedad de estadística, y del Consejo de los Prohombres.

La recepción tenía lugar en el gran salón de la prefectura. Du Poizat era el encargado de hacer las presentaciones. El ministro sonreía, con flexibilidad de espinazo, y acogía á todas las personas como si se tratase de antiguos conocidos. Habló al procurador imperial, con gran elogio, de una requisitoria, pronunciada últimamente por él en una cuestión de adulterio; al director de contribuciones directas le preguntó con conmovido acento, noticias de madama, encamada hacía dos meses; detuvo un instante al coronel del 78.<sup>o</sup> de línea, para hacerle saber que no ignoraba los brillantes estudios de su hijo en Saint-Cyr; habló de calzado con un consejero municipal que poseía grandes talleres de zapatería, y entabló, con el registrador de hipotecas, arqueólogo entusiasta, una discusión sobre cierta piedra druidica descubierta la semana anterior. Cuando titubeaba, en busca de la adecuada frase, el gran Du Poizat salía en su ayuda, con palabrita hábilmente apuntada. Por lo demás, conservaba una serenidad pasmosa.



Cuando el presidente del tribunal de comercio entró y se inclinó ante él, exclamó Rougón en tono afable:

—Se halla usted solo, señor presidente. Confío muy mucho en que traerá usted á madama al banquete de esta noche...

Detúvose al observar en torno suyo la cortedad y timidez que se retrataba en los rostros. Du Poizat le empujó ligeramente con el codo. Recordó entonces que el presidente del tribunal de comercio vivía separado de su mujer á consecuencia de ciertos sucesos escandalosos. Habíase equivocado, había creído hablar al otro presidente, al del tribunal civil. Aquello no turbó, sin embargo, ni poco ni mucho, su olímpica serenidad. Sonriendo siempre, sin tratar de remediar su torpeza, repuso con toda finura:

—Tengo una buena noticia que anunciar á usted, señor. Sé que mi colega el guarda sellos, le tiene á usted indicado para una condecoración. Es una indiscreción por parte mía: guárdeme usted el secreto.

El presidente del tribunal de comercio se puso colorado hasta las orejas: la alegría no le dejaba respirar. A su alrededor, todo el mundo se daba prisa para felicitarle; mientras que Rougón tomaba mentalmente nota de aquella cruz concedida tan á propósito, para no olvidarse de prevenirlo á su colega. A quien condecoraba era al marido engañado. Du Poizat salió con una sonrisa de admiración.

En esto ya había más de cincuenta personas en el gran salón. Seguíase esperando á otras; los rostros aparecían mudos y las miradas comprimidas.

—El tiempo se echa encima y se podría partir— dijo el ministro.

Pero el prefecto se inclinó, para significarle que

el diputado, el antiguo adversario del señor Kahn, no se hallaba todavía allí. Por fin, éste entró sudando la gota gorda; su reloj debía de haberse parado y no comprendía una palabra. Y luego, queriendo recordar á todos los presentes su visita de la víspera, empezó una frase:

—Como dije ayer á Su Excelencia...

Y echó á andar al lado de Rougón, anunciándole que al día siguiente daría la vuelta á París. Las vacaciones de Pascuas habían terminado el martes y las sesiones se habían reanudado. Pero había creído que debía permanecer unos días más en Niort para hacer los honores del departamento á Su Excelencia.

Todos los invitados se habían apeado en el patio de la prefectura, en donde una decena de coches, colocados á ambos lados de la escalinata, estaban esperando. El ministro, con el diputado, el prefecto y el alcalde, subió á una carretela que se puso á la cabeza. Los demás invitados se acomodaron lo más gerárquicamente que les fué posible; había otras dos carretelas, tres victorias y charabanes de seis y de ocho asientos. En la calle de la Prefectura el desfile se organizó. Arrancaron á trote ligero. Las cintas de los sombreros de las damas revoloteaban, mientras que sus faldas se desbordaban de las portezuelas. Los sombreros negros de los caballeros resplandecían al sol. Fué preciso atravesar toda una parte de la ciudad. A lo largo de las angostas calles, el desigual empedrado hacía saltar bruscamente los carruajes, que atravesaban con estruendo de ferretería. Y desde todas las ventanas, desde todas las puertas, los niortenses saludaban sin lanzar el menor grito, buscando á Su Excelencia, sorprendidísimos al ver la burguesa le-

vita del ministro, formando pareja con el traje bordado de oro del prefecto.

Al salir de la ciudad, los coches rodaron por un ancho paseo plantado de magníficos árboles. El tiempo era muy suave, un hermoso día de abril, con cielo claro y resplandeciente sol. El camino, recto y liso, se hundía por en medio de jardines cuajados de lilas y de albaricoqueros en flor. Después los campos se extendían en inmensos cultivos, cortados de trecho en trecho por macizos de árboles. En los coches se mantenían animadas conversaciones.

—Esta es una fábrica de hilados, ¿verdad?—dijo Rougón, á cuyo oído el prefecto se inclinaba.

Y dirigiéndose al alcalde, le señalaba el edificio de rojos ladrillos que se veía á la orilla del agua.

—¿Estoy en que esa fábrica es de la propiedad de usted?... Háseme hablado de su nuevo sistema de cardaje para las lanas. Procuraré aprovecharme del primer instante para visitar todas esas maravillas.

Pidió noticias sobre la pujanza motriz del río. A su modo de ver, los motores hidráulicos, en buenas condiciones, ofrecían enormes ventajas. Y dejó maravillado al alcalde por sus conocimientos técnicos. Los otros vehículos seguían en delicioso desorden. Oíanse las conversaciones, atestadas de números, en medio del tróte ensordecedor de los caballos. Una risa argentina hizo que se volvieran todas las cabezas; era la mujer del provisor, cuya sombrilla acababa de posarse volando sobre un montón de grava.

—Usted posee una granja por estos contornos—repuso Rougón sonriendo al diputado.—Allí veo, sobre aquella ladera, si no me equivoco... ¡Qué prados tan magníficos! Sé, además, que se dedica usted á

la cría de ganados, y que en los últimos concursos agrícolas obtuvo usted medallas por sus soberbios ejemplares de raza bovina.

Entonces la conversación se extendió sobre la ganadería. Los prados, inundados por el sol, presentaban una suavidad de terciopelo verde. Las flores abundaban que era un encanto é inmensos cortinajes de álamos transparentaban en el horizonte rayos de luz, rincones encantadores de paisaje.

Una vieja que conducía un asno, tuvo que parar al animal al borde del camino para dejar pasar la comitiva. El borrico se puso á rebuznar, asustado sin duda por aquella procesión de carruajes, cuyos charolados paños relucían en la campiña. Las damas con sus vistosos tocados y los caballeros calzados de guantes, mantuvieron su seriedad.

Se remontó á la izquierda una ligera cuesta; Después se volvió á bajar, habíase llegado. Era aquél un hueco entre las tierras, el callejón sin salida de un angosto valle, una especie de agujero estrechado entre tres colinas que formaban muralla. De la campiña circundante, alzando los ojos, tan sólo se veían, destacándose en el claro cielo, los agujereados esqueletos de dos molinos en ruinas. Allí, en el fondo, en medio de un bancal de hierbas, habíase levantado una tienda de campaña, de tela gris, ribeteada de ancho galón rojo, con trofeos de banderas en los cuatro lados. Un millar de curiosos, que habían llegado á pie, burgueses, señoras, labriegos del arrabal, se escalonaban á la derecha, del lado de la sombra, costeano el anfiteatro formado por una de las laderas. Delante de la tienda, un destacamento del 78.º de línea se encontraba bajo las armas, en frente de los bomberos de Niort, cuyo

perfecto orden era digno de alabanzas, mientras que á la orilla de la pradera, una banda de obreros, con blusas nuevas, se hallaba en espera, llevando á su frente ingenieros abrochados en sus levitas. En cuanto aparecieron los carruajes, la Sociedad filarmónica de la ciudad, Sociedad compuesta de instrumentistas aficionados, rompió á tocar la sinfonía de la *Dama blanca*.

—¡Viva Su Excelencia!—gritaron algunas voces, que quedaron sofocadas por el ruido de los instrumentos.

Rougón bajó del coche. Alzó los ojos y miró el agujero en cuyo fondo se encontraba, contrariado por aquella angostura del horizonte, por parecerle que empequeñecía la solemnidad. Y se mantuvo un instante en pie sobre la hierba, esperando que se le fuese á dar la bienvenida. Por último acudió el señor Kahn. Habíase escapado de la prefectura tan luego como terminó el almuerzo; acababa de examinar, tan sólo por prudencia, la mina á que Su Excelencia debía prender fuego. El fué quien acompañó al ministro hasta la tienda, á donde le siguieron los invitados. Hubo unos instantes de confusión. Rougón pedía que se le facilitaran detalles.

—¿Luego es en esta zanja en donde debe de abrirse el túnel?

—Así es—contestó el señor Kahn.—La primera mina está cavada en esa peña rojiza, en donde Vuecencia ve una bandera.

La ladera del fondo, empezada á abrir con el azadón, dejaba al desnudo la roca. Unos arbustos arrancados se veían entre los escombros. Habíase sembrado de flores el suelo de la zanja. El señor Kahn volvió á indicar con la mano el trazado de la vía férrea, marcada por una doble hilera de ja-

lones, provistos de trozos de papel blanco, por en medio de los senderos, de las hierbas y de los zarzales. Era aquél un ameno rincón de la naturaleza, cuya gracia había de desaparecer.

Las autoridades habían acabado por guarecerse bajo la tienda. Los curiosos, detrás, se inclinaban para ver por entre las telas. La Sociedad filarmónica daba fin á la sinfonía de la *Dama blanca*.

—Señor ministro—dijo de pronto una voz aguda que vibró en medio del silencio,—tengo viva satisfacción al ser el primero en dar las gracias á Vuecencia por haberse dignado aceptar la invitación que nos hemos permitido dirigirle. El departamento de los Deux-Sèvres guardará eterno recuerdo...

Era Du Poizat quien acababa de tomar la palabra. Hallábase á tres pasos de Rougón, y ambos estaban en pie; y, al llegar á ciertas cadencias de frase, inclinaban la cabeza el uno hacia el otro. Así habló un buen cuarto de hora, recordando al ministro la brillante manera con que había representado al departamento en la Asamblea legislativa; la ciudad de Niort había inscrito su nombre en sus anales, como el de un gran bienhechor, y ardía en deseos de testimoniarle su vivo agradecimiento en cuantas ocasiones se presentaran. Du Poizat se había encargado de la parte política y práctica. A veces su voz se perdía en el espacio, y entonces tan sólo se veían sus ademanes, reducidos á un movimiento regular de su brazo derecho; y el millar de curiosos escalonados en la ladera, se interesaban lo que no era decible por los bordados de su manga, cuyo oro resplandecía á la luz del sol.

En seguida el señor Kahn se adelantó hasta el centro de la tienda. Tenía voz estentórea, y en ciertas

ocasiones parecía que ladraba las palabras. El fondo del valle formaba el eco, que devolvía los finales de frase sobre los cuales se apoyaba con sobrada complacencia. Refirió sus incesantes esfuerzos, los estudios, los pasos y diligencias que había tenido que hacer durante cerca de cuatro años, para dotar al país de una nueva vía férrea. Ahora todas las prosperidades iban á llover sobre el departamento; los campos se verían fertilizados, las fábricas duplicarían su producción, la vida comercial penetraría hasta en los pueblos más humildes. Al oírle no parecía sino que los Deux-Sèvres se convertían, en sus poderosas manos, en un país de Jauja, con ríos de leche y miel, con bosques encantados, en donde esperaban al transeunte mesas cargadas de las mejores viandas. Luego, de golpe y porrazo, se descolgó con una modestia sin límites. Ninguna gratitud se le debía, no habría llevado á buen término tan vasto proyecto, á no ser por la decidida protección de la persona de quien tan orgulloso se sentía. Y, volviéndose hacia Rougón, llamóle «el ilustre ministro, el defensor de todas las ideas nobles y útiles». Al terminar, enalteció las ventajas económicas del negocio. En la Bolsa las acciones se arrebatában de las manos. ¡Dichosos los rentistas que habían podido colocar su dinero en una empresa, á la cual Su Excelencia el ministro del interior quería unir su nombre!

—¡Bien, muy bien!—murmuraron algunos invitados.

El alcalde y muchos representantes de la autoridad estrecharon la diestra del señor Kahn, quien fingía hallarse muy conmovido. En la parte de afuera se aplaudía á más no poder. La Sociedad filarmónica creyó de su deber emprenderla con un paso

redoblado, pero el primer adjunto se precipitó y mandó un bombero para que callase la música. Durante este tiempo, bajo la tienda de campaña, el ingeniero de puentes y calzadas, titubeaba y decía que no traía nada preparado; pero la insistencia del prefecto hizo que se decidiera. El señor Kahn, lleno de inquietud, susurró al oído de éste:

—Ha hecho usted mal; es peor que la sarna.

El ingeniero jefe era un hombre alto y delgado, que se jactaba de manejar la ironía. Hablaba muy despacio, torciendo un lado de la boca cuantas veces quería lanzar un epígrama. Empezó por anonadar al señor Kahn á copia de elogios. Después se abrieron paso las alusiones malignas. En pocas palabras juzgó el proyecto del camino de hierro, con aquel desdén que los ingenieros del gobierno emplean para los trabajos de los ingenieros civiles. Trajo á la memoria el contra-proyecto de la compañía del Oeste, que debía atravesar por Thuars, insistió, sin que pareciera malicia, sobre el ángulo del trazado del señor Kahn, que favorecía el servicio de los altos hornos de Bressuire. Todo ello sin brutalidad alguna, mezclado con palabras amables, é hiriendo á alfilerazos, sentidos tan sólo por los iniciados. Todavía fué más cruel al terminar. Pareció dolerse de que «el ilustre ministro», viniese á comprometer su reputación en un negocio cuyo lado financiero causaba inquietudes á todos los hombres de experiencia. Se necesitarían sumas fabulosas; y serían de todo punto necesarios el mayor desinterés y la honradez más acrisolada. Y dejó escapar esta última frase con la boca aun más torcida:

—Estas inquietudes son quiméricas; estamos del todo tranquilizados, viendo como vemos al frente de la empresa á un hombre cuya opulencia y cuya